

SURCOS

Títulos publicados:

1. S. P. Huntington, *El choque de civilizaciones*
2. K. Armstrong, *Historia de Jerusalén*
3. M. Hardt, A. Negri, *Imperio*
4. G. Ryle, *El concepto de lo mental*
5. W. Reich, *Análisis del carácter*
6. A. Comte-Sponville, *Diccionario filosófico*
7. H. Shanks (comp.), *Los manuscritos del Mar Muerto*
8. K. R. Popper, *El mito del marco común*
9. T. Eagleton, *Ideología*
10. G. Deleuze, *Lógica del sentido*
11. T. Todorov, *Crítica de la crítica*
12. H. Gardner, *Arte, mente y cerebro*
13. C. G. Hempel, *La explicación científica*
14. J. Le Goff, *Pensar la historia*
15. H. Arendt, *La condición humana*
16. H. Gardner, *Inteligencias múltiples*
17. G. Minois, *Historia de los infiernos*
18. J. Klausner, *Jesús de Nazaret*
19. K. J. Gergen, *El yo saturado*
20. K. R. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*
21. Ch. Taylor, *Fuentes del yo*
22. E. Nagel, *La estructura de la ciencia*
23. K. Armstrong, *Una historia de Dios*
24. C. Lévi-Strauss, *Tristes trópicos*
25. U. Beck, *La sociedad del riesgo*
27. T. Nagel, *Igualdad y parcialidad*
28. J. Lacouture, *Jesuitas I. Los conquistadores*
29. J. Lacouture, *Jesuitas II. Los continuadores*
30. A. MacIntyre, *Historia de la ética*
31. J. Derrida, *Dar la muerte*
32. M. Mead, *Sexo y temperamento*
33. G. S. Kirk, *El mito*
34. J. Rawls, *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral*
35. F. M. Cornford, *La teoría platónica del conocimiento*
36. L. Vygotsky, *Pensamiento y lenguaje*

Ulrich Beck

La sociedad del riesgo

Hacia una nueva
modernidad

Revisión de Oscar
Jun. 2014



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Segunda parte
**INDIVIDUALIZACIÓN DE LA DESIGUALDAD SOCIAL:
 LA DESTRADICIONALIZACIÓN DE LAS FORMAS
 DE VIDA DE LA SOCIEDAD INDUSTRIAL.**

Introducción	121
3. Más allá de las clases y de las capas	127
3.1. La evolución cultural de las formas de vida	128
3.2. Individualización y formación de clases: Karl Marx y Max Weber	136
3.3. ¿El final de la sociedad tradicional de grupos grandes?	145
3.4. Individualización, desempleo masivo y nueva pobreza	148
3.5. Escenarios de desarrollos futuros	156
4. Yo soy yo: las relaciones entre los sexos dentro y fuera de la familia	165
4.1. La situación de hombres y mujeres	165
4.2. La sociedad industrial es una sociedad estamental mo- derna	180
4.3. ¿Liberación respecto de los roles masculino y feme- nino?	185
4.4. Toma de conciencia de las desigualdades: posibilida- des y obligaciones de elección	193
4.5. Escenarios del desarrollo futuro	197
5. Individualización, institucionalización y estandarización de las condiciones de vida y de los modelos biográficos	209
5.1. Dimensiones analíticas de la individualización	210
5.2. Rasgos específicos de la individualización en la Repú- blica Federal de Alemania	212
5.3. Institucionalización de los modelos biográficos	215
6. Desestandarización del trabajo productivo: el futuro de la formación y de la ocupación	225
6.1. Del sistema de pleno empleo al sistema de subempleo flexible y plural	227
6.2. Estación fantasma: formación sin ocupación	241
6.3. ¿Distribución de oportunidades mediante formación?	246

Tercera parte
**MODERNIZACIÓN REFLEXIVA:
 HACIA LA GENERALIZACIÓN DE LA CIENCIA
 Y DE LA POLÍTICA**

Resumen y panorama	255
7. ¿Ciencia, más allá de la verdad y de la ilustración? Reflexi- vidad y crítica del desarrollo científico-tecnológico	259
7.1. Cientificación simple y reflexiva	264
7.2. Desmonopolización del conocimiento	271
7.3. Tabúes prácticos y teóricos	284
7.4. Acerca de la apreciación de los «efectos secundarios».	288
8. Demarcación de la política: acerca de la relación entre di- rección política y cambio técnico-económico en la socie- dad del riesgo	303
8.1. Política y subpolítica en el sistema de la modernización	304
8.2. Pérdida de función del sistema político: argumentos y explicaciones	309
8.3. Democratización como desposesión de la política	314
8.4. Cultura política y desarrollo técnico: ¿final del con- senso sobre el progreso?	325
8.5. Estudio de un caso extremo: la subpolítica de la medi- cina	331
8.6. El dilema de la política tecnológica	342
8.7. La subpolítica de la racionalización del trabajo	346
8.8. Resumen y panorama: escenarios de un futuro posible	357
Bibliografía	375

DADAS LAS CIRCUNSTANCIAS

En verdad, el siglo xx no ha sido pobre en catástrofes históricas: dos guerras mundiales, Auschwitz, Nagasaki, luego Harrisburg y Bhopal, ahora Chernobil. Esto obliga a ser prudente en la elección de las palabras y agudiza la mirada para las peculiaridades históricas. Hasta ahora, todo el sufrimiento, toda la miseria, toda la violencia que unos seres humanos causaban a otros se resumía bajo la categoría de los «otros»: los judíos, los negros, las mujeres, los refugiados políticos, los disidentes, los comunistas, etc. Había, por una parte, vallas, campamentos, barrios, bloques militares, y, por otra, las cuatro paredes propias; fronteras reales y simbólicas tras las cuales podían retirarse quienes en apariencia no estaban afectados. Todo esto ya no existe desde Chernobil. Ha llegado el final de los otros, el final de todas nuestras posibilidades de distanciamiento, tan sofisticadas; un final que se ha vuelto palpable con la contaminación atómica. *Se puede dejar fuera la miseria, pero no los peligros de la era atómica.* Ahí reside la novedosa fuerza cultural y política de esta era. Su poder es el poder del peligro que suprime todas las zonas protegidas y todas las diferenciaciones de la modernidad.

Esta dinámica de un peligro que no respeta fronteras no depende del grado de contaminación ni del debate sobre las consecuencias de la misma. Más bien, sucede lo contrario: que toda medición siempre tiene lugar bajo la guillotina de los efectos globales de la contaminación. La confesión de una contaminación atómica *peligrosa* equivale a la confesión de la *falta de esperanzas* para regiones, países y continentes enteros. Seguir viviendo y (re)conocer el peligro se contradicen. Es este *fatum* lo que otorga su importancia existencial al debate en torno a las medidas y a los valores límite, en torno a las consecuencias a corto y largo plazo. No hay más que preguntarse qué habría podido cambiar en nuestro comportamiento si de acuerdo con los valores oficiales se hubiera producido una contaminación *aguda*.

mente peligrosa del aire, el agua, los animales y los seres humanos. ¿Habríamos dejado de vivir (de respirar, de comer, de vivir) por orden del gobierno? ¿Qué pasa con la población de todo un continente que está contaminada de manera irreparable en grados diversos (de acuerdo con variables «fatalistas» como el aire y el clima, la distancia respecto del lugar del accidente, etc.)? ¿Se puede tener en cuarentena a grupos enteros de países? ¿Estalla el caos en el interior? ¿O también en ese caso al final todo habría *tenido* que suceder como ha sucedido después de Chernobil? Estas preguntas ponen en claro una implicación objetiva en la que el diagnóstico del peligro coincide con el conocimiento de que se está ineluctablemente a merced del mismo.

En la modernidad desarrollada, que había surgido para eliminar las limitaciones derivadas del nacimiento y permitir que los seres humanos obtuvieran mediante su propia decisión y su propia actuación un lugar en el tejido social, aparece un nuevo destino «*adscriptivo*» de peligro, del que no hay manera de escapar. Este destino se asemeja más al destino estamental de la Edad Media que a las situaciones de clase del siglo XIX. Sin embargo, ya no tiene la desigualdad de los estamentos (ni grupos marginales, ni diferencias entre la ciudad y el campo, entre las naciones o etnias, etc.). Al contrario que los estamentos o las clases, este destino tampoco se encuentra bajo el signo de la *miseria*, sino bajo el signo del miedo, y no es precisamente una «reliquia tradicional», sino un *producto* de la modernidad, y además en su estado *máximo* de desarrollo. Las centrales nucleares (que son la cumbre de las fuerzas productivas y creativas humanas) se han convertido, a partir de Chernobil, en signos de una *Edad Media moderna del peligro*, en signos de amenazas que, al mismo tiempo que impulsan al máximo el individualismo de la modernidad, lo convierten en su contrario.

Aún están llenos de vida los reflejos de otra época: ¿cómo puedo protegerme a mí y a los míos? Y proliferan los consejos para lo privado, que ya no existe. Sin embargo, seguimos viviendo en el *shock* antropológico de una dependencia de las formas civilizatorias de vida respecto de la «naturaleza», una dependencia de la que nos hemos dado cuenta en la amenaza y que ha acabado con todos nuestros conceptos de «madurez» y «vida propia», de nacionalidad, espacio y tiempo. Muy lejos, en el oeste de la Unión Soviética (a partir de ahora: en nuestro entorno más próximo), sucede un *accidente*, algo no pretendido ni agresivo, más bien un acontecimiento que habría que

evitar, pero que en su carácter de excepción también es normal, más aún: humano. Lo que causa la catástrofe no es un error, sino los sistemas que transforman la humanidad del error en fuerzas destructivas *incomprensibles*. Para evaluar los peligros, estamos remitidos a instrumentos de medición, a teorías y sobre todo a nuestro *no* saber, incluidos los expertos que acababan de proclamar un reino de seguridad atómica que duraría 10.000 años y que ahora subrayan con una nueva seguridad impactante el peligro que nunca había existido *agudamente*.

En medio de todo esto se destaca la peculiar *mezcla entre naturaleza y sociedad* con la que el peligro vence a todo lo que pudiera ofrecerle resistencia. Ahí está primero el híbrido de la *nube atómica*, aquella fuerza de la civilización invertida y transformada en una fuerza de la naturaleza en la que la historia y el clima se han unido de una manera tan paradójica como poderosa. Conectado en una red electrónica, todo el mundo la contempla como hechizado. La «esperanza última» en un *viento favorable* (¡pobres suecos!) manifiesta mejor que muchas palabras hasta qué punto está desvalido un mundo supercivilizado que para proteger sus fronteras ha empleado las alambradas y los muros, el ejército y la policía. Un giro «desfavorable» del viento, además la *lluvia* (¡qué mala suerte!), y la futilidad se pone a proteger a la sociedad de la naturaleza contaminada, a trasladar el peligro atómico a lo «otro» del mundo que nos rodea.

Esta experiencia, que hizo tambalearse por un instante a nuestra forma de vida, refleja el hecho de que el sistema industrial mundial se encuentra a merced de la «naturaleza» *integrada* y contaminada industrialmente. La contraposición de naturaleza y sociedad es una construcción del siglo XIX que servía al doble fin de dominar e ignorar la naturaleza. La naturaleza *está* sometida y agotada a finales del siglo XX, y de este modo ha pasado de ser un fenómeno exterior a ser un fenómeno *interior*, ha pasado de ser un fenómeno dado a ser un fenómeno *producido*. Como consecuencia de su transformación técnico-industrial y de su comercialización mundial, la naturaleza ha quedado incluida en el sistema industrial. Al mismo tiempo, se ha convertido en el presupuesto insuperable del modo de vida en el sistema industrial. La dependencia respecto del consumo y del mercado vuelve a significar ahora de una nueva manera la dependencia respecto de la «naturaleza», y esta dependencia *inmanente* del sistema de mercado respecto de la «naturaleza» se convierte en y con el

sistema de mercado en la ley del modo de vida propio de la civilización industrial.

Contra las amenazas de la naturaleza exterior hemos aprendido a construir cabañas y a acumular conocimientos. Por el contrario, estamos entregados casi sin protección a las amenazas industriales de la segunda naturaleza incluida en el sistema industrial. Los peligros se convierten en polizones del consumo normal. Viajan con el viento y con el agua, están presentes en todo y atraviesan con lo más necesario para la vida (el aire, el alimento, la ropa, los muebles) todas las zonas protegidas de la modernidad, que están controladas tan estrictamente. Donde tras el accidente están excluidas la defensa y la prevención, sólo queda como actividad (aparentemente) única: *negar*, una tranquilización que da miedo y que desarrolla su agresividad a medida que los afectados quedan condenados a la pasividad. Este resto de actividad a la vista del *resto* de riesgo existente realmente tiene en la inimaginabilidad e imperceptibilidad del peligro sus cómplices más poderosos.

El reverso de la naturaleza socializada es la *socialización de las destrucciones de la naturaleza*, su transformación en amenazas sociales, económicas y políticas del *sistema* de la sociedad mundial superindustrializada. En la globalidad de la contaminación y de las cadenas mundiales de alimentos y productos, las amenazas de la vida en la cultura industrial recorren *metamorfosis sociales del peligro*: reglas cotidianas de la vida son puestas del revés. Los mercados se hunden. Domina la carencia en la sobreabundancia. Se desencadenan riadas de pretensiones. Los sistemas jurídicos no captan los hechos. Las preguntas más evidentes cosechan encogimientos de hombros. Los tratamientos médicos fracasan. Los edificios científicos de racionalidad se vienen abajo. Los gobiernos tiemblan. Los votantes indecisos huyen. Y todo esto *sin* que las consecuencias que sufren los seres humanos tuvieran algo que ver con sus acciones, sus daños con sus obras, y mientras que para nuestros sentidos la realidad *no cambia* en absoluto. Ese es el final del siglo XIX, el final de la sociedad industrial clásica con sus nociones de soberanía del Estado nacional, de automatismo del progreso, de clases, de principio de rendimiento, de naturaleza, de realidad, de conocimiento científico, etc. *

El término *sociedad* (industrial) *del riesgo* ha obtenido también y esencialmente en este sentido (empleado desde hace más de un año contra mucha resistencia de voces interiores y exteriores) un resabio

amargo de verdad. Mucho de lo que he obtenido argumentativamente al escribir (la imperceptibilidad de los peligros, su dependencia respecto del saber, su supranacionalidad, la «expropiación ecológica», el paso de la normalidad a la absurdidad, etc.) se lee después de Chernobil como una trivial descripción del presente.

¡Ojalá hubiera sido sólo la prognosis de un futuro que había que evitar!

ULRICH BECK

Bamberg, mayo de 1986

PRÓLOGO

El tema de este libro es el modesto prefijo «post». Es la palabra clave de nuestro tiempo. Todo es «post». Al «*postindustrialismo*» ya hace mucho que nos hemos acostumbrado. Aún le atribuimos contenidos. Con la «*postmodernidad*» todo comienza ya a diluirse. En la oscuridad conceptual de la *postilustración* todos los gatos se desean buenas noches. «Post» es la clave para el desconcierto que se enreda en las modas. Esta palabra remite a algo que está más allá y que no puede nombrar, y en los contenidos que nombra y niega permanece en el letargo de lo conocido. Pasado más «post» es la receta básica con que en una incomprensión rica en palabras, pero pobre en conceptos, nos confrontamos con una realidad que parece desvencijarse.*

Este libro es un intento de seguir la pista de la palabra «post» (o también «tardo-», «más allá»). Está sustentado por el esfuerzo de comprender los contenidos que el desarrollo histórico de la modernidad ha dado a esta palabra en las dos o tres últimas décadas (sobre todo en la República Federal de Alemania). Para ello tendremos que acometer una dura lucha con las viejas teorías y hábitos de pensar, prolongadas más allá de sí mismas mediante el «post». Como estas teorías no anidan sólo en otros, sino también en mí mismo, en el libro resuena a veces un ruido de batalla cuya intensidad se debe a que tuve que derrotar una y otra vez a mis propias objeciones. De ahí que algunas cosas puedan haber quedado chillonas, excesivamente irónicas o precipitadas. Pero con la ponderación académica habitual no se puede ofrecer resistencia a la fuerza de gravedad del pensamiento viejo.

Las argumentaciones no son representativas a la manera que exigen las reglas de la investigación sociológica. Su objetivo es otro: poner a la vista, contra el pasado que aún predomina, el futuro que ya empieza a perfilarse. Mis argumentaciones están escritas en la actitud con que (dicho mediante una comparación histórica) un observador

de la sociedad a comienzos del siglo XIX busca tras las fachadas de la era agraria feudal que llega a su fin los rasgos, que ya se presentan por doquier, de la era industrial aún desconocida. En tiempos de cambio estructural, la representatividad se alía con el pasado e impide la visión de las cumbres del futuro, que por todas partes se introducen en el horizonte del presente. En esta medida, este libro contiene *un fragmento de teoría social proyectiva y empírica*, sin seguridades metódicas de ningún tipo.

En la base de esto se encuentra la idea de que somos testigos (sujeto y objeto) de una fractura *dentro* de la modernidad, la cual se desprende de los contornos de la sociedad industrial clásica y acuña una nueva figura, a la que aquí llamamos «sociedad (industrial) del riesgo». Esto requiere un difícil equilibrio entre las contradicciones de continuidad y cesura en la modernidad, que se reflejan a su vez en el contraste entre modernidad y sociedad industrial, entre sociedad industrial y sociedad del riesgo. *Que* estas distinciones históricas las hace hoy la realidad misma, no pretendo mostrarlo en este libro. En relación a *cómo* hay que diferenciarlas en detalle veremos propuestas del desarrollo social. Pero antes de que se pueda obtener aquí claridad hay que hacer visible un trozo más de futuro.

Al «nadar entre dos aguas» en el ámbito teórico le corresponde una actitud similar en el ámbito práctico. A quienes insisten en la Ilustración con las premisas del siglo XIX frente al asalto de la «irracionalidad del espíritu del tiempo» los contradiremos con la misma decisión que a quienes con las anomalías quieren echar abajo por el torrente de la historia todo el proyecto de la modernidad.

No queda nada que añadir al terrorífico panorama (desplegado suficientemente en todas las partes del mercado de opinión) de una civilización que se pone en peligro a sí misma; tampoco a las manifestaciones de un Nuevo Desconcierto que ha perdido las dicotomías ordenadoras de un mundo del industrialismo «sano» pese a todos sus contrastes. El presente libro trata del *segundo* paso, del paso que sigue a ello, y hace de este estado el objeto de explicación. Su pregunta es cómo ha de *comprender* un pensamiento informado e inspirado sociológicamente *estas inseguridades del espíritu del tiempo*; negarlas desde el punto de vista de la crítica de las ideologías sería cínico y estudiarlas sin distancia sería peligroso. Podemos aclarar mediante una analogía histórica la idea teórica directriz que desarrollamos con este objetivo: *de una manera similar a como en el siglo*

XIX la modernización disolvió la sociedad agraria anquilosada estamentalmente y elaboró la imagen estructural de la sociedad industrial, la modernización disuelve hoy los contornos de la sociedad industrial, y en la continuidad de la modernidad surge otra figura social.

Al mismo tiempo, los límites de esta analogía remiten a las peculiaridades de esta perspectiva. En el siglo XIX, la modernización tuvo lugar sobre el trasfondo de su opuesto: un mundo tradicional, una naturaleza que había que conocer y dominar. Hoy, en el umbral del siglo XXI, la modernización ha *consumido su opuesto, lo ha perdido y da consigo misma en sus premisas y principios funcionales de sociedad industrial*. En el horizonte de experiencia de la premodernidad, la modernidad es arrinconada por los problemas de la modernización *en autorreferencia*. Si en el siglo XIX se desencantaron los privilegios estamentales y las imágenes religiosas del mundo, hoy se desencantan la comprensión de la ciencia y de la técnica propia de la sociedad industrial clásica, las formas de vida y de trabajo en la familia pequeña y en la profesión, las imágenes directrices de los roles masculino y femenino, etc. La modernización *en las vías de la sociedad industrial es sustituida por una modernización de las premisas de la sociedad industrial que no había previsto en el siglo XIX ninguno de los libros teóricos de recetas políticas habituales hasta hoy*. Es este nuevo *contraste* entre modernidad y sociedad industrial (en todas sus variantes) lo que hace que a nosotros, que estamos acostumbrados a pensar la modernidad *con* las categorías de la sociedad industrial, se nos diluya hoy el sistema de coordenadas.

Esta distinción entre modernización de *la tradición* y modernización de *la sociedad industrial* o, dicho de otra manera, entre modernización *sencilla* y modernización *reflexiva* nos ocupará aún durante mucho tiempo. A continuación nos referiremos a ella a medida que vayamos atravesando campos concretos de trabajo. Aunque aún no podemos prever qué «estrellas fijas» del pensamiento de la sociedad industrial sucumbirán al hilo de esta incipiente racionalización de *segundo nivel*, hoy ya podemos conjeturar con buenas razones que esto mismo vale para leyes aparentemente «férreas», como la de la diferenciación funcional o la de la producción masiva vinculada a la empresa.

En dos consecuencias se muestra claramente lo inhabitual de esta perspectiva. Pues ella afirma lo que hasta ahora parecía impensable:

que al realizarse (es decir, con los zapatos silenciosos de la normalidad) la sociedad industrial se despide del escenario de la historia mundial por la escalera trasera de los efectos secundarios, y no como se había previsto hasta ahora en los libros de imágenes de la teoría social: con un estallido político (revolución, elecciones democráticas). Y además esta perspectiva dice que el escenario «antimoderno» que ahora mismo intranquiliza al mundo (la crítica de la ciencia, de la técnica y del progreso, los nuevos movimientos sociales) no está en contradicción con la modernidad, sino que es expresión de su desarrollo coherente más allá del proyecto de la sociedad industrial.

El contenido general de la modernidad entra en contradicción con sus anquilosamientos y recortes en el proyecto de la sociedad industrial. El acceso a esta visión queda bloqueado por un mito intacto, apenas conocido hasta ahora, en el que quedó apresado esencialmente el pensamiento social del siglo XIX y que sigue arrojando su sombra sobre el último tercio del siglo XX: el mito de que la sociedad industrial desarrollada, con su esquematismo de trabajo y vida, sus sectores productivos, su pensamiento en categorías del crecimiento económico, su comprensión de la ciencia y de la técnica y sus formas de democracia, es una sociedad completamente moderna, un punto culminante de la modernidad por encima del cual no se puede pensar en serio un más allá. Este mito tiene muchas formas de expresión. Una de las más influyentes es la broma del final de la historia social. En variantes optimistas y pesimistas, ésta fascina precisamente al pensamiento de la época en que el sistema de renovación previsto para largo plazo comienza a ser revisado en la dinámica que él mismo ha puesto en marcha. Aún no podemos pensar siquiera la posibilidad de un cambio de la figura social en la modernidad porque los teóricos del capitalismo de la sociedad industrial han hecho *apriorica* esta figura histórica de la modernidad, que en aspectos esenciales permanece ligada a su opuesto en el siglo XIX. Al plantearse la cuestión, heredada de Kant, de las condiciones de posibilidad de las sociedades modernas, se hizo de los contornos, de las líneas de conflicto y de los principios de funcionamiento del capitalismo industrial (que están condicionados históricamente) necesidades de la modernidad. La curiosidad con que en la investigación sociológica se supone hasta hoy que en la sociedad industrial todo cambia (la familia, la profesión, la empresa, la clase, el trabajo asalariado, la ciencia) y al mismo tiempo no cambia lo esencial (la familia, la profesión,

la empresa, la clase, el trabajo asalariado, la ciencia) es sólo una prueba más de ello.

Con más urgencia que nunca necesitamos conceptualidades que (sin dar un giro mal entendido a lo nuevo eternamente viejo, llenas de dolores de despedida y manteniendo buenas relaciones con los tesoros desconocidos de la tradición) nos permitan pensar de una manera nueva lo nuevo que se nos echa encima y vivir y actuar con ello. Seguir la pista de nuevos conceptos que hoy ya se muestran bajo las ruinas de los viejos es una empresa difícil. A unos les huele a «cambio de sistema» e invocan la defensa de la Constitución. Otros se han refugiado en convicciones básicas, y a la vista de una fidelidad de línea arrebatada a uno mismo a contrapelo (y esto puede significar muchas cosas: marxismo, feminismo, pensamiento cuantitativo, especialización) comienzan a atacar todo lo que huele a divergencia.

Sin embargo (o tal vez por ello), el mundo no se viene abajo, o al menos no porque hoy se venga abajo el mundo del siglo XIX. Lo cual además es una exageración. Es bien sabido que el mundo social del siglo XIX nunca fue tan estable. Ya se ha venido abajo varias veces... en el pensamiento. Allí, propiamente ya estaba enterrado antes de que acabara de nacer. Hoy vemos cómo las visiones de un Nietzsche o los dramas matrimoniales y familiares que llevó a la escena la modernidad literaria (que entre tanto se ha convertido en «clásica», es decir, en vieja) de hecho tienen lugar más o menos representativamente en la cocina y en el dormitorio. Así pues, sucede lo que se había pensado hace tiempo. Y sucede además con un retraso de medio siglo o incluso de un siglo entero. Y ya sucede durante mucho tiempo. Y seguirá sucediendo durante mucho más tiempo. Y aún no sucede absolutamente nada.

Pero también vemos (más allá de lo que ya ha sido pensado literariamente) que *hay que seguir viviendo después de ello*. Por decirlo así, estamos viviendo lo que sucede cuando en un drama de Ibsen ha caído el telón. Estamos viviendo la realidad no teatral de la época postburguesa. O, en relación a los riesgos de la civilización: somos los herederos de una crítica cultural que ha llegado a ser real y que precisamente por ello ya no se puede conformar con el diagnóstico de la crítica cultural, que siempre estuvo pensada más bien como un pesimismo que advierte sobre el futuro. Toda una época no puede caer en un espacio más allá de las categorías anteriores sin que este más allá sea conocido como lo que es: una pretensión de orden del

curso a la ciencia es al mismo tiempo *generalizado* y *demistificado* (capítulo 7).

Por una parte, con la sociedad industrial triunfan la pretensión y las formas de la *democracia parlamentaria*. Por otra parte, se *deme- dia* el radio de validez de estos principios. El proceso subpolítico de renovación del «progreso» queda a cargo de la economía, la ciencia y la tecnología, en las cuales las evidencias democráticas no están en vigor. Esto se vuelve problemático en la continuidad de los procesos de modernización allí donde, a la vista de las fuerzas productivas potenciadas y peligrosas, la subpolítica ha quitado a la política el rol dirigente en la configuración social (capítulo 8).

Con otras palabras: en el proyecto de la sociedad industrial están tolerados de muchas maneras (por ejemplo, en el esquematismo de «clases», «familia pequeña», «trabajo profesional», en la comprensión de «ciencia», «progreso», «democracia») elementos constructivos de una *tradicionalidad industrial-inmanente* cuyas bases se resquebrajan y son suprimidas en la reflexividad de las modernizaciones. Por más raro que pueda sonar: las irritaciones históricas desencadenadas de este modo son consecuencia del *éxito* de modernizaciones que ahora ya no transcurren por las vías y categorías de la sociedad industrial, sino *contra* ellas. Estamos viviendo un cambio de las bases de la vida. Pero poder pensar esto presupone que se revise la imagen de la sociedad industrial. Esta es, de acuerdo con su proyecto, una sociedad *semimoderna* cuya *contramodernidad* agregada no es algo viejo, heredado, sino un *constructo* y *producto de la sociedad industrial*. La imagen estructural de la sociedad industrial reposa en una *contradicción* entre el contenido *universal* de la modernidad y la estructura funcional de sus instituciones, en las que aquél sólo puede ser realizado de una manera *particular* y *selectiva*. Pero esto significa que la sociedad industrial *se labiliza al realizarse*. La continuidad se convierte en «causa» de la cesura. Los seres humanos son *liberados* de las formas de vida y de las evidencias de la época de la sociedad industrial de la modernidad; de una manera similar a como en la era de la Reforma protestante pasaron de los brazos seculares de la Iglesia a la sociedad. Las sacudidas desencadenadas de este modo conforman el reverso de la sociedad del riesgo. El sistema de coordenadas en que descansan la vida y el pensamiento en la modernidad industrial (los ejes de familia y trabajo, fe en la ciencia y en el progreso) empieza a oscilar, y surge un nuevo juego de oportunidades y

riesgos, los contornos de la sociedad del riesgo. ¿Oportunidades? En ella también se reclaman los principios de la modernidad frente a su recorte en la sociedad industrial.

Este libro refleja de muchas maneras el proceso de descubrimiento y aprendizaje de su autor. Al final de cada capítulo soy más listo que al principio. Era grande la tentación de volver a pensar y a escribir todo el libro desde el final. Para eso no faltaba sólo el tiempo. Además, así sólo habría surgido un nuevo estadio intermedio. Esto subraya una vez más el carácter de proceso de la argumentación y no ha de ser entendido en absoluto como cheque en blanco para las contraobjeciones. Para el lector, ahí reside la ventaja de poder estudiar los capítulos por sí mismos o en otro orden y en exhortación consciente a colaborar a seguir pensando (a favor o en contra).

Casi todas las personas que están cerca de mí se han visto confrontadas en algún momento con amplios antecedentes de este texto y con el ruego de comentarlos (y alguna de ellas, lo cual no le agradó siempre, con más y más variantes nuevas). Todo ha confluído aquí. Esta colaboración de, por lo general, jóvenes científicas y científicos pertenecientes a mi contexto laboral no puede ser valorada adecuadamente ni en el texto ni en este prólogo. Se ha convertido para mí en una experiencia muy estimulante. Algunas partes de este libro son incluso plagios de conversaciones personales y de la vida compartida. Sin pretender ser exhaustivo, expreso mi agradecimiento: a Elisabeth Beck-Gernsheim por nuestra no cotidianeidad en la cotidianeidad, por las ideas vividas en común, por un descaro no impresionable; a Maria Rerrich por muchos estímulos para pensar, por conversaciones y complicadas elaboraciones de material; a Renate Schütz por su celestial y contagiosa curiosidad filosófica y por sus visiones aladas; a Wolfgang Bonss por exitosas conversaciones de búsqueda sobre casi todas las partes del texto; a Peter Berger por haberme cedido una copia de su benéfico enfado; a Christoph Lau por su colaboración en argumentaciones oblicuas; a Hermann Stumpf y a Peter Sopp por muchas referencias y por la búsqueda de bibliografía y de datos; a Angelika Schacht y a Gerlinde Müller por su fiabilidad y su celo en la escritura del texto.

También he experimentado estímulos grandiosos de colegas como Karl Martin Bolte, Heinz Hartmann y Leopold Rosenmayr. Las repeticiones y las imágenes falsas que pueda contener aún el libro las declaro aquí signos de una imperfección buscada.

No se equivoca quien crea reconocer aquí y allá entre las líneas el resplandor de un lago. Amplias partes del texto fueron redactadas en una colina por encima del lago de Starnberg bajo la viva participación del mismo. De este modo, algunos comentarios sobre la luz, el aire y las nubes surgieron por sí mismos. Este insólito lugar de producción (favorecido por un cielo casi siempre radiante) fue posible por el cuidado hospitalario de la señora Ruhdorfer y de toda su familia, que hizo que hasta los animales y los niños que me rodeaban pastaran y jugaran a la distancia apropiada.

La fundación Volkswagenwerk creó mediante la concesión de una beca los presupuestos para el ocio sin el que la aventura de esta argumentación no habría podido ser acometida. Mis colegas en la Universidad de Bamberg Peter Gross y Laszlo Vaskovics aceptaron retrasar en mi beneficio su semestre de vacaciones. A todos ellos les doy cordialmente las gracias, sin atribuirles ninguna parte de culpa por mis errores y exageraciones. En especial, están incluidos ahí quienes no han trastornado mi descanso y han soportado mi silencio.

ULRICH BECK
Bamberg y Munich, abril de 1986

Primera parte

SOBRE EL VOLCÁN CIVILIZATORIO: LOS CONTORNOS DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO

Título original: *Risikogesellschaft. Auf dem Weg in eine andere Moderne*
Publicado en alemán por Suhrkamp, Francfort del Meno

Traducción: Jorge Navarro (caps. 1, 2 [3, 4 y 5], 3 y 4)
Daniel Jiménez (cap. 2 [1 y 2])
M.ª Rosa Borrás (caps. 5-8)

Esta obra ha sido publicada con la ayuda de InterNaciones, Bonn

Cubierta de Mario Eskenazi

1.ª edición, enero 1998

1.ª edición en la colección *Surcos*, febrero 2006

3.ª impresión, junio 2010

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© 1986 by Suhrkamp, Francfort del Meno

© 1998 de la traducción, Jorge Navarro, Daniel Jiménez y M.ª Rosa Borrás

© Espasa Libros, S.L.U., 1998

Paseo de Recoletos, 4. 28001 Madrid

Ediciones Paidós Ibérica es un sello editorial de Espasa Libros, S.L.U.
Av. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.paidos.com

ISBN: 978-84-493-1892-4

Depósito legal: B-25.907/2010

Impreso en Book Print

Botànica, 176-178 - 08908 L'Hospitalet de Llobregat (Barcelona)

Impreso en España - *Printed in Spain*

SUMARIO

Dadas las circunstancias	11
Prólogo	17

Primera parte SOBRE EL VOLCÁN CIVILIZATORIO: LOS CONTORNOS DE LA SOCIEDAD DEL RIESGO

1. La lógica del reparto de la riqueza y del reparto de los riesgos	29
1.1. Repartos de las sustancias nocivas en las ciencias naturales y situaciones sociales de peligro	36
1.2. La dependencia respecto del saber de los riesgos de la modernización	39
1.3. Riesgos específicos de clase	50
1.4. La globalización de los riesgos civilizatorios	52
1.5. Dos épocas, dos culturas: la relación entre percepción y producción de riesgos	63
1.6. La utopía de la sociedad mundial	65
2. Teoría política del conocimiento en la sociedad del riesgo	71
2.1. ¿Depauperación civilizatoria?	71
2.2. Errores, fraude, defectos y verdades: acerca de la competencia de las racionalidades	80
2.3. La conciencia pública del riesgo: imposibilidad de la experiencia de segunda mano	101
2.4. La dinámica política de los riesgos de la modernización reconocidos	108
2.5. Perspectiva: naturaleza y sociedad a finales del siglo xx	113